



¡Qué Malo es Creernos lo que no Somos!

(Serie en Lucas #35)

[Audio del Sermón](#)

Lucas 18.9–14 (RVR60)

Parábola del fariseo y el publicano

⁹A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: ¹⁰Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. ¹¹El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ¹²ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. ¹³Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. ¹⁴Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.

Lucas 18.18–30 (RVR60)

El joven rico

(Mt. 19.16–30; Mr. 10.17–31)

¹⁸Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? ¹⁹Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. ²⁰Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. ²¹Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ²²Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. ²³Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico. ²⁴Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! ²⁵Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. ²⁶Y los que oyeron esto dijeron: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? ²⁷Él les dijo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. ²⁸Entonces Pedro dijo: He aquí, nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido. ²⁹Y él les dijo: De

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, ³⁰que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.

I. Un pecador que se fue justificado (18.9-17)

De nuevo tenemos un estudio en contrastes. El fariseo hablaba consigo mismo y de sí mismo, pero el publicano oraba a Dios y fue oído. El fariseo podía ver los pecados de otros, pero no el suyo (7.36-50), en tanto que el publicano se concentró en sus necesidades y las admitió con franqueza. El fariseo se jactaba; el publicano oraba. El fariseo regresó a su casa peor que como había venido, pero el publicano se fue a su casa perdonado.

Justificado quiere decir «declarado justo». Es un término legal que significa que se ha destruido toda la evidencia y que no hay constancia de que hayamos pecado. También significa que Dios ya no conserva un historial de nuestros pecados (Salmo 32.1-4; Romanos 4). En lugar de eso, Él pone a nuestra cuenta la rectitud y justicia de Cristo (2 Co 5.21). Todo lo cual es por la misericordia de Dios (Lc 18.13) y no por los méritos del hombre. Somos justificados por fe (Ro 5.1-5).

En contraste con el orgulloso fariseo están los niños que Jesús recibió y bendijo (vv. 15-17). Sus discípulos tenían algo del espíritu del orgulloso fariseo de la parábola, y Jesús tuvo que reprenderlos con cariño. El publicano, sin embargo, era como un niño en su humildad y fe, y entró en el reino de Dios.

II. El joven que se alejó triste (18.18-34)

Cuando usted combina lo que registran Mateo, Marcos y Lucas, descubre que este hombre era rico, joven y un dirigente, tal vez de alguna sinagoga. Era inusual que un joven tuviera tal posición, de modo que debe haber sido uno de los más ejemplares. Sin embargo, quería la salvación bajo sus términos, no en los del Señor; y Jesús no podía aceptarlo. Nadie se salva por guardar la ley (Gl 2.21; 3.21-24; Ro 3.20) o por convertirse en pobre y generoso. De esta manera el Señor quiso enfrentarlo a su pecado de codicia. Era cierto que externamente el joven había obedecido las leyes que Jesús mencionó en el versículo 20, pero se olvidó de «no codiciarás» (Éx 20.17; véanse Col 3.5; Ro 7.7, 8). Si codiciamos, ¡acabaremos quebrantando todos los demás mandamientos!

Las palabras de nuestro Señor respecto a las riquezas asombraron a los doce, porque, como la mayoría de los judíos, también pensaban que las riquezas eran evidencia del favor de Dios. No es la posesión de riquezas lo que condena al alma, sino la confianza en las riquezas. Abraham fue un hombre muy rico, pero se salvó por su fe en la Palabra de Dios, no por la fe en su dinero (Gn 15.6). Un deseo de adquirir y confiar en las riquezas puede estorbar el crecimiento de la Palabra de Dios en el

corazón (Mt 13.22), hacer que nos olvidemos de Dios (Dt 8.13, 14) y llevarnos a muchas clases de tentaciones y pecados (1 Ti 6.9, 10).

Los versículos 28–30 deben ser conectados con Mateo 19.27–20.16. ¿Había un poco de jactancia en la afirmación de Pedro y quizás algo de orgullo? Jesús vio esta peligrosa actitud en el corazón de Pedro («¿qué tendremos?» y no «¿qué podemos dar?») y a modo de advertencia dio la parábola de Mateo 20.1–16 a él y al resto de los doce. Les prometió bendiciones en esta vida y en la venidera, pero también les recordó que pronto Él moriría en Jerusalén (vv. 31–34). Si su Señor tenía que sufrir para entrar en su gloria, ellos también tendrían que sufrir.¹

¹ Wiersbe, Warren W. *Bosquejos expositivos de la Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento*. electronic ed. Nashville: Editorial Caribe, 1995. Print.